
GUIA PRACTICA (ABREVIADA) PARA ENTRAR EN CONTACTO CON CULTURAS PRETECNOLOGICAS

SERGIO GAUT VEL HARTMAN

Sergio Gaut vel Hartman es el único autor de SF del otro lado del charco que nos abruma (en el mejor sentido de la palabra) con sus originales. Tenemos de ese bonaerense de pro ya una docena de relatos, todos magníficos, todos publicables, en cartera, y lo único que nos refrena de poner un cuento suyo en cada número de ND es la suspicacia de algunos lectores (y autores) que tal vez piensen que tenemos favoritismos. Hemos intentado hablar con otros editores del género para ver de publicar su obra en un volumen, pero todos nos han respondido, con el ceño fruncido; ¿autor hispano?, ¿argentino?, ¿cuentos?: ¡uf! Y es que la mayoría de editores españoles de SF, salvo poquísimas y honrosas excepciones, no tienen ni pajolera idea de lo que es el género...

1

Desde «ayer» (es un decir, una convención en esta maraña de tiempo-nave, tiempo-Tierra, tiempo-estemos-donde-estemos), orbitamos número de catálogo J7H213. Un mundo tipo Tierra, en un sistema tipo Sol. Por ahora no tiene un nombre como se debe, pero ya se lo van a poner. Algunos italianos sugieren Rigoletto, seguramente porque el único accidente geográfico no oceánico es un colosal monte solitario de unos 35.000 metros de altura, ubica-

do en el corazón del continente oriental. Los «americans» (del norte, que habemos del sur en Babel XIV), siendo mayoría democrática, deciden en «primarias» entre Sweet Oregon, Candy Virginia, Stars & Bars o Kennedy 129. Obviamente, mis sugerencias con olor a Pampa o Riachuelo son de poco peso. Uno en dos centenares...

2

Fui elegido por Kozlov para tripular la pinaza tres. No teniendo funciones específicas, ya que formo parte de la llamada «fuerza de apoyo logístico», pude curiosear a mis anchas. La pinaza sobrevoló durante seis horas la costa del continente occidental, desplegada de noreste a suroeste. Una especie de subcontinente indostánico. Hasta la vegetación, casi azul y enmarañada, evocaba el delta del Ganges y la región de los Sundarbans. Los análisis preliminares de los ecólogos y planetólogos afirmaban que J7H213 atravesaba una forma local del carbonífero. No sería imposible, decían, encontrar grandes formas vegetales, helechos tal vez. Algunos aventuraban hipótesis: los grandes reptiles han desaparecido y pequeños mamíferos se están adaptando a la vida en tierra firme. Pero desde la órbita, nadie arriesga demasiado. En la pinaza, Wu Kim hacía trabajar sus cámaras a destajo, mientras un escandinavo enorme (Sorensen o Sorenson, jamás lo recuerdo) gesticulaba y vociferaba en su jerga. No parecían estar de acuerdo. Y no sería fácil que pudieran llegar a estarlo alguna vez si no utilizaban un lenguaje común, aunque fuera lituano. ¿Les recuerdo el nombre de la nave?: Babel XIV.

Fuimos la última de las pinazas que regresó. Los entendidos se reunieron para intercambiar la información recogida, y por el circuito interno se anunció que a las 2000 se radiaría un boletín.

Participé en el Salón del «acto eleccionario». Naturalmente oficioso, ya que en todos los informes, por siempre, el planeta sería J7H213; el «acto» fue muy divertido, y hubiera pagado sin protestar por ver nuevamente a esos tres italianos luchando por imponer el bastante lógico nombre de Rigoletto, frente a la obstinada resistencia de casi todo el mundo y especialmente la de los «americans». Parece que la galaxia ya está saturada de Toscas, Cavalierías, Bohèmes, Barberos y Traviatas.

Finalmente, el esfuerzo conciliador de un oscuro médico nigeriano fructificó en un nombre que dejó satisfechos a ambos ban-

dos. J7H213 pasó a ser Capone. En honor a un eminente ciudadano italo-americano, creo.

3

A las 2000, el Superintendente de Información, (*la Superintendente*, pero de eso prefiero no hablar), proclamó con voz de melaza que Capone era un mundo selvático, habitado por microorganismos y un centenar de humanoides semidesnudos que acampaban cerca de la desembocadura de un arroyo, al norte del continente oriental, en una de las escasas zonas semidesérticas del planeta. No se dieron mayores explicaciones pero, como era lógico, nos abalanzamos sobre los tripulantes de la pinaza dos, ausentes en la fiesta del Salón y a quienes, en el fervor del momento, nadie había echado de menos.

Martinova explicó (es un decir), aullando por encima de los ruidos, que lo que ella había visto era un grupo de figuras decididamente antropomorfas, de piel azul, desnudas y muy quietas; cabezas grandes sin cabello, pecho sumido, largas piernas rematadas por cascos equinoides. Hacían círculo en torno a nada visible. La pinaza los sobrevoló a no más de 50 metros del suelo. Ellos no alzaron la vista en ningún momento, aunque podría asegurar que no tenían ojos. El rostro, sin nariz y de boca pequeña, parecía brillar con una fosforescencia verdosa.

Extraño. Extrañísimo.

Cuando parece que no va a pasar nada y el viaje a la aventura se convierte en trabajo de rutina para planetólogos y ecólogos, botánicos y meteorólogos, surgen las incongruencias, los misterios de solución imposible, y las sorpresas brutales en el calmo crepúsculo...

Recordé los avatares de la tripulación de la nave «Marathon», sobrevividos varias veces en el «último minuto», luego de pasar de «normal» a «crítico» en cuestión de segundos. Nada lo hacía prever...

¿Y el trágico final del comandante Ira Warren en Landro (F9M910)? Allí no hubo «salvada de último minuto»; allí murieron veintiséis...

Regis III, Rohan, Horpach; «El Invencible», «El Cóndor». Decididamente, no debemos guiarnos por las apariencias, nunca.

Esa misma «noche» se formalizó la reunión del Grupo de Contacto. Por fortuna, el apoyo logístico se convierte en imprescindible cuando el problema es la comunicación con una raza no-humana. ¡Claro que hacemos las tareas de «boy scout»! Pero bien vale la ignominia de ser valet de los alienólogos cuando, a cambio de mimetizar a los mirones, tenemos platea, primera fila en el espectáculo circense de la década...

Fui designado asistente temporario de un francés amanerado y pedante, pletórico, desbordante de teorías acerca de cómo tratar a los «nativos».

Subrayo *nativos* porque, en la primera charla informal a la que asistí, mi jefe fue duramente atacado por un armenio de gran mostacho, el bioecólogo Assergian, quien con grandes ademanes y en un muy mal inglés, que reemplazó luego por un peor francés, adujo que doce humanoides, inmóviles y solitarios, estaban más cerca de la broma grosera que de la lógica y esquemática realidad que puede explicar la ciencia. ¿Dónde están, dijo, los eslabones intermedios? ¿Esos seres se han comido su propia cadena evolutiva, o fueron creados por Dios especialmente para nuestro solaz y esparcimiento?

—¡Hay qué investigar! —replicó Volin—. ¿A qué hemos venido? Lo de *nativos* es solo una manera provisional de denominarlos; hasta que definamos con mayor precisión lo que el *colega* (sorna en colega) llama «una broma grosera». ¡Y sí! Tal vez lo sea. Pero hay allí doce *nativos* o lo que mierda sean, donde no debería haber nada. ¿Qué más da si son *nativos* o exploradores telepórticos originarios de la Gran Nube Magallánica? Dejémonos de discusiones. ¡A trabajar!

Pero Assergian no se calló así como así. Se acusaron mutuamente de incompetentes, de hipertróficos semánticos, de beatas dignas del siglo XIII, de ateos patológicos, de burócratas artríticos, de maricas relamidos, de...

Nos fuimos a la cama (la bolsa) a las 0200, sin haber resuelto un pimiento.

Establecimos Estación Alfa a cinco kilómetros del lugar donde *acampaban* (de algún modo hay que denominarlo) los *nativos* o

caponeses (como algunos ya empezaban a llamarlos). Lo hicimos en un monte de coníferas de ramas bajas y follaje oscuro, casi azul. Ignoro por qué nos ocultamos, ya que los caponeses nos dedicaban la misma atención e interés que los humanos dedicamos habitualmente a la vida sexual del paramecio.

Fui uno de los que acarreó, ensambló, remachó y atornilló los módulos, para que los grandes cráneos se sintieran en clima y pudieran hallar las respuestas a las preguntas. Si me transportaron 28.000 kilómetros desde Buenos Aires hasta la base secreta de la ONU, y desde allí 17 años luz en la FTL Babel XIV hasta J7H213, Capone, con todos los gastos pagos (y una suculenta cuenta bancaria al final del viaje), ¿no es válido suponer que soy tan indispensable como el Capitán o los ecólogos, aunque hasta ahora me haya limitado a jugar con el meccano?

Debido a que había tantas teorías de apertura como especialistas, la primera reunión sobre el terreno no fue menos tumultuosa que la anterior, a bordo de la Babel. Por fortuna no estaba Assergian para atormentar a Volin. Pero una alienoantropóloga apellidada Chadertton tomó grácilmente la posta.

—¡No veo una etapa de mera observación en el organigrama! —bramaba, blandiendo una interminable cinta que envolvía su cuerpo. Seca, olivácea, gesticulante y orlada de vendas blancas, parecía la momia de Tutmosis IV recién desenterrada de su largo sueño por los arqueólogos.

—No tenía sentido marcarlo en el organigrama. Pero es obvio, cualquier patán se hubiera ahorrado los gritos —Volin comenzó a tironear del papel y la Chadertton giró, giró, trastabilló y arrastró a mi jefe en una danza improvisada, loca y grotesca.

Kozlov, un Merlín de pies a cabeza, paró la fiesta justamente cuando todo el club de scouts comenzaba a entibiarse.

—Hubiera hecho mi elección más feliz —usaba alternativamente francés e inglés para demostrar imparcialidad—, si en lugar de ustedes trajera en este viaje a los estudiantes de segundo curso. Tal vez sepan menos de sus especialidades, pero no dudo que no se comportarían como bufones.

Volin agachó la cabeza, juró por lo bajo (una de las palabras era «mujeres», lo aseguro), y casi corrió hasta su módulo.

Una vez más la fortuna quiso que me indicaran integrar el grupo

de observación. Aquí mi función era menos específica: me llevaron «por las dudas».

7

—No se mueven. —Chávez, un cetrino antropólogo formado en la rigurosa escuela «neoprecolombina» que desde la Universidad de México se había infiltrado en cuanta expedición partiera de Tierra para marcarla con su revisionismo de «primer contacto», había mantenido su teleobjetivo fijo en los «nativos» toda la mañana.

—Ya lo sabemos —repuso Volin, cada vez de peor humor—. Una teoría, deme una teoría. Dejémonos de que «si los chichimecas esto» y «si los olmecas esto otro», entonces «los mayas aquello de más allá». Se ha pasado sacando fotografías toda la santa mañana, y sabemos lo mismo que sabíamos al regreso de la pinazados.

—No tenemos los inconvenientes que tuvieron los tripulantes del «Telurio» para comunicarse con esas criaturas que respiran flúor. ¿Qué nos impide acercarnos, irrumpir en el «anillo mágico», y decir en cherokee: «Ugh! Nosotros venir en paz»...? ¿Los manuales? ¿Las monografías de los monos secos, que se redactan a pura ficha y puro microfilm, sin haber abandonado jamás la Madre Tierra?

—¡No diga sandeces! Lo único que nos impide acercarnos es el sentido común. —Volin hablaba, sin embargo, enarbolando su libro de cabecera: «Primer encuentro», de Roger, Phillips, Clifford & Erikson...

—Pero no vamos a quedarnos eternamente esperando a que terminen con esta ceremonia esotérica o lo que sea, aplaudir, gritar bravo y pedir otra. No parecen haber montado este espectáculo para nosotros. ¿O sí?

—Somos básicamente racionalistas escépticos. No empecemos con cuentos fantacientíficos como el «Informe Sharp».

—Nunca fue refutado. Norton no volvió. Estos «nativos» no se parecen demasiado, en lo físico, a la descripción que hace Sharp, pero a él, el cariz que tomaron luego los acontecimientos pudo hacerle trampas a la memoria.

—Sharp fue considerado demente, eliminado del servicio e internado en una clínica de rehabilitación psicológica.

—En fin —replicó Chávez, visiblemente irritado—. El uso del

FTL no garantiza que los burócratas de Tierra no sigan siendo una piara de patanes. Esas no son incongruencias obligadas. Pero no se alegre, amigo Volin: «son» una piara de patanes.

Volin hizo una mueca de fastidio. Le había tocado un grupo difícil: jóvenes pletóricos de teorías frescas, mujeres seguras de sí, militantes del WP y, rematando el pastel, una corona de alienígenas piojosos, mucho más parecidos a los pseudo-ángeles de Sharp que a los litinos o los landers. Esa semejanza lo mortificaba y contrariaba. Por cierto que lo último que hubiera aceptado era darle alguna satisfacción a Chávez.

—Está bien. Llame a reunión de intercambio técnico.

Chávez no sonrió. Contuvo la sonrisa. Casi le revienta la boca.

8

—Los antecedentes de que disponemos y que al mismo tiempo resultan confiables —pausa de efecto luego de la evidente alusión al «Informe Sharp»— no nos permiten continuar manejando este caso con variantes teóricas, aprobadas y probadas como efectivas por todos nuestros predecesores. Los bancos de memoria analizaron miles de «primeros contactos» realizados con seres sub 1 a sub 89. O sea, el espectro que abarca desde culturas objetivamente apenas diferentes de la nuestra, hasta los semi-animales (como los gnees, por ejemplo). Como ya habrán advertido, no se halló nada parecido a humanoides desfasados de su nicho ecológico, inmovilizados en una (aparente) ceremonia religiosa (digámoslo así)...

—Creo que fue Sharp... —interrumpió la Chadertton, pero Volin no la dejó respirar:

—Dije que hablaríamos de los precedentes «serios». Todos conocemos el «Informe Sharp», pero la computadora lo ha de rotular «falso» o «invalidado por demencia» o «incomprobable». ¿Qué se encontró posteriormente en las coordenadas que señala Sharp? ¡NADA! ¿Se volatilizó un sistema de siete planetas, tres docenas de satélites y millones de pedruscos variados? Parece una vieja novela policial: cuando el testigo regresa al lugar del crimen, el decorado y los personajes han cambiado; el sórdido tugurio es ahora una residencia respetable; jamás hemos oído ni visto lo que usted dice, etcétera...

—En esos casos, a pesar de todo, el testigo tenía razón. Alguien cambió premeditadamente todo rastro comprometedor. —Chávez

se deleitaba con la confusión de Volin, embarcado en una analogía que se le había ido de las manos.

—¡Volvamos al punto!

Volver al punto no fue fácil. Establecida la premisa de que el caso no estaba en los libros, era necesario dar el paso siguiente: improvisar. Pero eso se dice... Aún para un antropólogo deseoso de ganar prestigio, improvisar en un mundo virgen es algo así como proponerle a un recién egregado del Conservatorio del barrio que toque el concierto en re de Brahms, acompañado por la Filarmónica de Viena, en el Colón, sin ensayo previo y sin partitura delante. ¿Usted se atrevería?

Alguna vez McNulty improvisó. Después se escribieron los libros. Pero los primeros viajes marcaron los errores: por aquí *jamás* se pasará otra vez. Una decisión precipitada y una cultura levemente influida por Tierra se bloquea o se desvía. Un cuchillo de acero en el Neolítico y ¿quién se anima a apostar por este Presente? Tiramos las monedas (el milenrama es *tan* engorroso...) y obtenemos el hexagrama 2: khwan: lo grande y generador; cuando el hombre superior tiene que actuar, si toma la iniciativa está perdido; si se mantiene firme y correcto, habrá buena fortuna. No comprendo. Actuar y correr el riesgo del error; no actuar y correr el riesgo de la omisión. En esta era de sorpresas y maravillas, hay que buscar algo más plástico (no en el sentido de *ambiguo*) que el I Ching...

Hasta la computadora de la nave se arriesga más.

Más que Volin y Chávez.

Mucho más que el viejo I Ching.

9

Y como nadie parecía dispuesto a quebrar el estancamiento, Kozlov se acercó a la consola del terminal Alfa y pulsó con dedos largos, secos, quebradizos, temblorosos, las preguntas que los humanos no sabían contestar. Previamente tocó una tecla roja, anulando los bancos de memoria. Ahora la computadora consideraría el problema sin reparar en los casos planteados a y por otras expediciones. Utilizaría su memoria general y la lógica elemental; como si tuviera que jugar al ajedrez, respondiendo a una apertura exótica. Ya. Tecla verde. Marcha. Respuesta. Kozlov leyó ante la expectativa general:

—Introducción hombre/mujer (indistinto) círculo «nativos». Ca-

racterísticas desnudos desarmados silenciosos. Es todo. —Kozlov tiró la cinta y, paneando al genierío allí reunido, usó una vez más su índice para señalar a Chávez—: ¡Usted! Es el más indicado. —Y no era cosa de discutirlo.

10

Chávez se despojó de su equipo con deliberada lentitud. Parecía disfrutar de la situación, tanto por la elección como por la decisión cibernética (idéntica a cuanto él pensara), como (especialmente) por el asunto de la desnudez. Era un *strip tease* PARA la doctora Chadertton y PARA el viejo marica (Volin). Cuando completó su *toilette*, Chávez, tiritando a causa de los escasos 12 grados C, enfrentó a sus colegas con toda la pose de un exhibicionista de baños públicos.

—Estoy dispuesto.

—Vaya entonces. ¿O espera una bendición? —dijo Kozlov de mal talante.

11

Contemplamos la figura de Chávez disminuyendo de tamaño a medida que descendía la suave pendiente y descontaba los últimos metros que separaban al «Imperio Terrano» o pico de avanzada de la vanguardia de la CIVILIZACION SOL III de los misteriosos caponeses...

Una densa floresta, compuesta por todo género de anteojos, largavistas, prismáticos y tele-lo-que-sea, acompañaba cada paso y contaba lunares. Chávez cruzó los primeros metros del claro con paso firme. Tal vez pensara: «...si Norton y Sharp se *hubieran* desnudado y si *hubieran* participado de los juegos y las danzas...» Y digo yo: si Ruiz Sánchez se hubiera olvidado por unas horas de su condición de sacerdote católico, habría logrado penetrar en la psicología de los litinos. Claro que un alienólogo cultural (o antropólogo cultural, como prefieren algunos, aunque el objeto estudiado sea un octópodo verde) no puede pensar y actuar permanentemente como tal. Si la desnudez de Chávez fuera algo más que una pose... Si *realmente* pudiera olvidar por un momento a sus

amados toltecas... La reputación de John Carmody (curiosamente, otro sacerdote) se fundamentó en su talento para *meterse* en las actitudes peculiares de cada raza con la que entró en contacto. ¿De qué otro modo puede calificarse a un hombre que acepta empujar un huevo de horowitz (en el pecho, irrigado por su propia sangre) durante varios meses, conviviendo con pájaros-reptiles, casi convertido en uno de ellos? ¡Y Carmody *no era* alienólogo! Un simple curita, casi ridículo, en su fiable opinión personal.

12

Chávez penetró en el círculo y ninguna corriente eléctrica le erizó los cabellos, ni una onda telepática golpeó contra los farallones de su tálamo, arrancando visiones mescalínicas. Nada de eso. Los «nativos», inmunes a la *penetración cultural*, presentaban «in situ» la misma apariencia que desde el aire o a través de los largavistas: antropomorfos, tal vez algo menos azules y algo más cabezones; tan desnudos y tan quietos... El antropólogo se acullilló en el centro geométrico del círculo. Miró sucesivamente a cada uno de los puntos cardinales. Luego adoptó el *padmasana* y más tarde el *sirshasana*, sin lograr en ningún caso el mínimo efecto sobre los caponeses. Practicó toda una serie de gritos, mímicas y lenguajes gestuales. A continuación probó cuanta mueca obscena le acudió a la memoria. Finalmente golpeó a uno de los nativos con el puño cerrado... El directo a la mandíbula volteó al caponés como si se tratara de un muñeco de plástico inflado. Y tal como los muñecos (que suelen tener arena al pie), retornó de inmediato a la posición *sukhasana* que tan cómoda parecía resultarles. Los golpeó a todos, infructuosamente. Les tiró piedras que rebotaban como si los nativos fueran de goma o lona. Pensó, en el colmo de la ira, que si hubiera tenido un arma, habría tratado de matarlos.

13

Una nueva y tumultuosa reunión de la plana mayor de Estación Alfa desembocó en arresto para Chávez (perpetrado por el Mayor Kovalenko, único militar de rango de la Babel y amigo personal

de Kozlov) y ostracismo (a la nave, claro) para mi amado jefe Volin.

Ignoro los detalles, pero es obvio que la «metodología Chávez» fue desaprobada a pesar de que su autor la defendió con uñas, dientes y, por qué no, puños.

(Un comentario insidioso pretendió que el título de la tesis con la que Chávez obtuvo su Doctorado en Antropología era: «Fenomenología pugilística. Siglos XIX al XXI. Los grandes campeones y la nueva raza»).

Lo evidente es que la impotencia conduce a la violencia. ¿Y quién detenta el *record* universal (por lo menos vialácteo) de impotencia...?

¡Qué diferente habría sido todo, si el contacto se hubiera producido con una cultura cero! Enormes dificultades e incontables recelos; temor de revelar orígenes y secretos. Pero tal como le sucedió al Capitán Jenkins, de la Llanvabon, la posibilidad de volver a Tierra con un trabajo bien hecho, con imaginación, con inteligencia, fructífero...

Una nueva categoría para clasificar a los primates de J7H213: ni cero, ni sub 89, ni sobre 100 o 1000. Pautas atípicas con escalas arreferentes. O (dramáticamente) pautas típicas con escalas sub y sobre «Sharp»... Dejémoslo ahí. Practiquemos una piadosa autocensura en torno al «informe maldito»... Aún cuando esto sea una digresión oficiosa o un diario íntimo, siento un par de ojos sobre mi hombro: el fantasma de Norton; Volin, materializándose en mi cubículo y reptando por mi espalda para exclamar una vez más: ¡Blasfemia! ¡Fantasía! ¡Delirio!; o, peor todavía, un incomprensible alienígena potenciado vaya a saber uno con qué parafacultad sigma u omega, capaz de leer estas líneas y mis más recónditos y sucios pensamientos.

14

Estancamiento.

Los caponeses no se han movido en, ya, setenta y dos horas.

A nadie se le ocurre una idea original.

El Capitán le ha concedido a Alfa otras veinticuatro horas para establecer contacto. Transcurrido ese lapso, Alfa será desmontada y la Babel XIV dejará J7H213 rumbo a J7H214 (un gigante gaseoso ornamentado con dos docenas de satélites) para continuar con el plan general de la expedición.

Ha dicho, el Capitán, que los planetólogos, ecólogos, botánicos,

meteorólogos, y todo el resto de la *troupe*, han completado sus estudios y, a los efectos de la empresa (que no busca contactos), el *dossier* J7H213 está cerrado. Una breve referencia a los «capones meditados» y el gran sello de COLONIZABLE A1. A los colonos se les dirá (o no): «...cuando la FTL Babel XIV hizo el relevamiento, encontraron una docena de...». Probablemente a los ibos que habitarán este mundo, enfrascados en el duro oficio de adaptarse y sobrevivir, no les interese demasiado una docena o una gruesa de naturales solitarios, silenciosos e inmóviles. Felices por haber logrado al fin «su» lugar (y a años luz de sus rivales hausa, yoruba y fulani), bien pueden convertirlos en monumento y símbolo de Nueva Biafra u Ojuwo o como quiera que terminen por denominarlo.

¡Si al arribo de los colonos siguen ahí, claro!

15

Estancamiento.

Desesperación.

La noche (la verdadera noche del planeta, no la noche-luces-apagadas de la nave) profetizaba el resultado de los esfuerzos del equipo de Alfa: negra, sin lunas; apenas iluminados por el resplandor de una fogata y el brillo de una gigante roja distante apenas un año luz y medio.

A las 0800 Alfa debía estar desmontada, y a las 1200 la FTL Babel XIV pondría en marcha los motores planetarios, sellando definitivamente el misterioso evento de Capone.

Taciturnos, científicos, técnicos y auxiliares cavilaban al compás del chisporroteo y la humareda.

—Demasiado húmeda —dijo Sinclair.

—¿Hmmm? —respondió Cualquiera.

—La madera —completó Sinclair.

—...—consintió Nadie.

Salieron a relucir un par de pipas, y la Chadertton se pellizcó la nariz con un polvillo que extrajo de una pequeña caja, rapé, tal vez. Kozlov sorbió por décima vez de una petaca sin ofrecer a nadie.

—Vodka —dijo Sinclair en voz baja.

—Brandy —aseguró Algún Otro desde las sombras.

—Cola —susurré yo, y ahogué la carcajada que mi propia ocurrencia me invitaba a lanzar.

—¡Agua destilada! —gritó Kozlov, creo. Lo dijo en alemán. Algo así como: «Destillungenwasser».

Luego, otra vez el manto oprevisos.

Aburrido, giré para mirar a la gigante roja que refulgía como cinco Venus vista en un límpido crepúsculo de Tierra (pero no en Buenos Aires), cuando con el rabillo del ojo vi que una figura furtiva se alejaba de Estación Alfa en dirección al «anillo mágico». Me incorporé, pero no logré mayores detalles. Quienquiera que fuese, ya se había internado entre los árboles, y en la oscuridad era indivisible.

Algo me frenó en mi impulso de manifestar públicamente lo observado. Bien podía tratarse de un error, y quedaría en ridículo en un momento en que el índice de buen humor marcaba un negativo de tres dígitos. Pero callar o no actuar podía privarme de algo gordo. No me pregunten como lo sabía. Lo intuía. Es suficiente para mí. Suelo seguir con éxito mis corazonadas.

Pensé ir solo y lo descarté. Ser testigo único es muy riesgoso. Y yo no soy lo suficientemente notorio como para que una afirmación mía pueda ser aceptada sin mayores pruebas. Si Sharp hubiera tenido testigos...

¡Sinclair! Eso es. Un camarada relativamente próximo, emocionalmente estable, y dispuesto a la aventura.

Lo busqué con la mirada y él abrió la boca. Puse un dedo en mis labios y me aproximé.

—Alguien ha ido a hacerles una visita. —Ambos sabíamos a quién me refería.

—¿Quién falta?

Titubeé. No se me había ocurrido deducir al furtivo por eliminación. En fin, no importaba.

—No están todos alrededor del fuego —concluí, luego de descartar a Kozlov, a Chadertton, a Obajuwo, a Rezak y a cinco más—. Faltan cuatro: Rivera ha de estar durmiendo, como siempre, y el periodista del «News»... ¿crees que ese es...?

—Rivera no está durmiendo; lo veo acodado junto a Obajuwo. Thorpe y la pekinesa estarán redondeando sus notas. Se me ocurre que el misterio les conviene más que su develamiento. En cuanto se hagan con el teledirac, van a calentar estos 17 años luz al rojo vivo. Hay otros dos.

—Me parece que perdemos el tiempo aquí.

—A mí también. ¿Qué llevamos?

Volví a vacilar. ¿Qué buscábamos? No lo sabía. ¿Qué pertrechos, qué equipo elige un perseguidor de sombras? Escoger por escoger: linterna, un arma de agujas, cámara, prismáticos de infrarrojos, agua o brandy. Se lo dije. Sinclair sonrió.

—¿Qué esperamos hallar? ¿Una orgía de parafenómenos?

—Sharp era algo más que escéptico, era un necio; de lo contrario hubiera tratado de registrar algo. Un *video tape* puede trucarse, pero es más fiable que un testimonio oral.

—Si no nos apuramos no habrá ningún espectáculo.

Recogimos apresuradamente los elementos convenidos y partimos tras la sombra sin dar explicaciones. Cuando una misión muere, también mueren las jerarquías.

16

Recorrimos el trayecto en silencio, lentamente y sin dificultades.

—Estamos cerca —dijo mi compañero.

—Ahí, a la derecha.

Sinclair apuntó la linterna en la dirección señalada. Durante un segundo vimos varias siluetas recortadas en la penumbra. Luego el haz de luz se tronchó. Quedamos desconcertados, ciegos. Ahogué una maldición.

—Tiene una pila eterna —murmuró Sinclair—. ¡Cómo va a fallar ahora...!

—No perdamos tiempo buscando explicaciones. ¡Los prismáticos!

—No los traje. Cre-creí —la voz se le quebró— que no los usaríamos...

Me mastiqué la lengua. Sentí deseos de golpearlo. Pero me reprimí. Podía ser injusto. ¿Qué certeza impulsaría mi agresión?

—¡Pe-pero tengo fósforos!

¡Ah, benditos fósforos! Aún en plena era de la exploración y colonización estelar, los sempiternos e infalibles fósforos acudiendo al rescate del héroe cual rutilante 7.º de caballería...

Encendimos diez, cien, mil fósforos; avanzamos vislumbrando bultos y adivinando movimientos. ¿Movimientos? Sí, movimientos. Los fósforos se apagaban como si Céfiro, Bóreas y Aquilón soplaran juntos. Una linterna provista de pila eterna que falla; fósforos efímeros como mesones; movimientos de un grupo de seres notorios por su estatismo. ¿Fantasmas en movimiento?

—Se mueven —dijo Sinclair.

Nos acercamos otro paso, y otro, y otro, sin encender fósforos. Cuando no estuvimos a más de diez o doce metros oímos una voz familiar diciendo algo así como:

—*¿Ne vuoi un'altra forchettata di spaghetti?*

«¡Mariotti!», gritaron todas y cada una de las neuronas de mi sistema nervioso, forzando sinapsis hasta ponerlas al borde del colapso.

—¿Quién es? ¿Qué dice?

—...*prodotto dal pastificio «Sant'Antonio»*... —continuaba Mariotti.

—¿Qué grosera broma tratan de hacerme...? —bramó Sinclair.

—...*Carolei, Cosenza, Italia, Terra...*

—¡Mariotti! ¿Qué estás haciendo?

—¡Hey! ¿Quién está ahí?

—Sinclair y yo —dije, adelantándome.

—*Loro sono amici*. —Mariotti se inclinó para dirigirse a alguno de los caponeses. Inmediatamente, la linterna que colgaba del cinturón de Sinclair iluminó un diminuto círculo de arenisca. Turbado, mi compañero trató de desengancharla y terminó arrojándola al suelo.

—¿A qué vinieron? ¿Los envió Kozlov?

Me zambullí tras la linterna, mientras Sinclair permanecía parado estúpidamente, balbuceando interrogantes, y Mariotti, cada vez más alterado, trataba de averiguar qué estábamos haciendo allí.

Manoteando, alcancé la linterna y por fin (*por fin*, POR FIN) pude alumbrar el escenario:

El haz enmarcó el rostro chato de uno de los caponeses, quien, sintiéndose observado, se echó hacia atrás, saliendo de mi campo óptico. Insistí, y ahora se disiparon las dudas que mi imperfecto conocimiento del italiano habían provocado: las estrechas boquitas de los caponeses engullían con fruición, extáticamente, los deliciosos fideos que Mariotti nos había servido tantas veces durante el viaje. Comían, comían ensimismados, comían absortos; ya no se preocupaban por la luz de la linterna. Es más, diría que disfrutaban de la situación, metidos en la piel de un actor de *varieté*. Recién después de un largo rato de mirarlos estupefacto, noté que Angelo me estaba hablando.

—...pensé: si hemos conquistado a los franceses, a los austríacos, a los americanos, y a cuantos nos invadieron a través de la historia, con estos exquisitos *spaghetini*, ¿cómo estos *grugno camuso* no van a...?

La linterna cayó de mi mano, pero no importaba: la fosforecencia vercosa de las criaturas aumentaba más y más, y brillos rojos y amarillos saltaban de sus cascos y se incrustaban en la floresta, a mis espaldas. En pocos segundos, gritos y guitarras, acordeones, guirnaldas, el rumor de olas contra el muelle, risas, risotadas, y un tenor cantando *Marechiaré*, materializaron una *trattoria*, en una terraza sobre el Tirreno. Era como si un arquitecto ciclópeo y de-

lirante hubiera arrancado Napoli de la memoria de Mariotti y lo reconstruyera pieza por pieza en J7H213...

Pensé en el pobre Sharp.

También pensé si serían capaces de elaborar un buen chianti o por lo menos un lambrusco discreto.

nueva dimensión

DE NUEVO EN SUDAMERICA

Tras un prolongado período de tiempo en el que NUEVA DIMENSIÓN estuvo algo alejada del mercado sudamericano, nos complace en comunicar a todos nuestros lectores del otro lado del charco que nuestra revista puede encontrarse ya directamente en varios países de habla hispana:

—En Argentina: distribuye Adiax, S. A. Matheu 1163, 1.º, Buenos Aires 1219.

—En México: distribuye Aresme S. A., Bucarelli 65 local 9, México 1, D.F.

—En el resto de Sudamérica: distribuye Adiax S. A., Sicilia 228 bajos 2.º, Barcelona, España.

Estamos ampliando nuestra red. En números sucesivos les iremos comunicando los nuevos corresponsales locales.

Y no olviden que ND es la revista de SF más internacional en lengua española: ¡se lee hasta en el Japón, podemos justificarlo notarialmente! (De veras: incluso tenemos un suscriptor allí...)

ciencia ficción y fantasía

nueva dimensión



nueva dimensión

REVISTA DE CIENCIA FICCIÓN
Y FANTASIA

A CARGO DE:

Sebastián Martínez
Domingo Santos
Luis Vigil

Director:

Domingo Santos

Director Artístico:

Enrique Torres

Colaboradores:

Alfonso Álvarez Villar
Jorge Aspa
Carlo Frabetti
Antonio Martín
Juan Carlos Planells
Fco. Javier Redal
Jaime Rosal del Castillo
Augusto Uribe

Suscripciones:

M.ª Teresa Roca

Corresponsales:

Argentina: Daniel Luján Heredia
Bélgica: Bernard Goorden
E.E.U.U.: Forrest J Ackerman
Hungría: Peter Kuczka
Japón: Takumi Shibano
Polonia: Czesław Chruszczewski
Rumanía: Ion Hobana
Suecia: Sam J. Lundwall
Uruguay: Carlos M. Federici

Edita:

ED. NUEVA DIMENSION, S. A.
Merced, 4 - Barcelona, 2

Imprime:

LITOCUB, S. A.
Nápoles, 300
Barcelona - 25

Distribuye:

LIBRESA
Carretera Nacional 152. Km. 22,600
PARETS DEL VALLES (Barcelona)

Depósito legal: B. 18.136 - 1980

Setiembre 1981 / Número 137

© ED. NUEVA DIMENSION, S. A.
1981

PORTADA DE:
PETER JONES

EDICIONES
**nueva
dimensión**
S.A.

MERCED 4

BARCELONA 2

nueva dimensión

hoy

mañana

EDITORIAL

ALGO MÁS QUE SOÑAR
por Domingo Santos . . . 4

SE PIENSA

¡MAZEL TOV, ES ASIMOV!
por Javier Redal 145

SE EDITA

CRÍTICA DE LIBROS
por Juan Carlos Planells . 153

SE EXHIBÉ

CRÍTICA DE CINE
por Rafael Marín. . . . 159

SE DICE

LIBROS, REVISTAS, CINE,
AUTORES, PREMIOS, NE-
CROLÓGICA, VARIOS . . . 163

SE ESCRIBE

LA OPINIÓN DE NUESTROS
LECTORES 179

EL RINCON DE LA CIENCIA

MICOPLASMA: EL MICROBIO
ATÍPICO
por Javier Redal 38

NOVELA CORTA

LA CASA DEL CANTO
por Orson Scott Card . . . 67

CUENTOS

LA TREGUA
por Tanith Lee 7

CUÉNTAMELO TODO DE TI
por F. M. Busby 15

¡LOCALIZADOS!
por Isaac Asimov. . . . 23

LA EXILIADA DE MARTE
por Evelyn E. Smith . . . 43

GUÍA PRÁCTICA (ABREVIADA)
PARA ENTRAR EN CONTACTO
CON CULTURAS PRETEC-
NOLÓGICAS
por S. G. Velt Hartman . 51